

En una magnífica Pastoral de carácter doctrinario el Excmo. Sr. Arzobispo, nos demuestra la belleza y eficacia de la oración, como medio de llegar a Dios

NOS, el Dr. Don ANTONIO MARIA BARRI, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTOLICA, ARZOBISPO DE MONTEVIDEO.

Al Venerable Cabildo Metropolitano, Clero Secular y Regular, Comunidades Religiosas, Miembros de Acción Católica, Asociaciones piadosas y fieles en general, salud y bendición en el Señor.

La Liturgia de la Iglesia, renovando su ciclo anual, nos anuncia el tiempo de Adviento. En su magnífica fuerza de expresión, la liturgia sintetiza, en este tiempo, todo el período cristiano de la humanidad; período de expectativa, de ansias y de esperanzas que encuentran su fórmula en aquella estrofa de insuperable belleza, que fué la constante oración del pueblo de Dios: "Dejad caer [oh] cielos, vuestro rocío; y las nubes lloven al justo; y la tierra germine al Salvador" (1).

Si hemos de buscar la característica de este ciclo litúrgico del Adviento, debemos decir que es, por excelencia, el tiempo de la oración, como la de cuarenta y dos días de la penitencia. Y es precisamente esta característica, unida a la feliz circunstancia de cumplirse — durante el Adviento — los 100 años de existencia, del Apostolado de la Oración, la que Nos proporciona el argumento de esta Carta Pastoral: la Oración.

No cabe en los límites, necesariamente reducidos de un Documento de esta índole, el hacer un tratado completo sobre este tema; tanto más que es tan extenso y tan hondo, que presenta, por poco que se le estudie, nuevos y amplios panoramas e insospechados horizontes. Vamos, pues, solamente a exponer las ideas fundamentales de este argumento, dejando a nuestros amados y Venerables Hermanos en el Sacerdocio la explicación de los aspectos que, a juicio de cada uno, en sus respectivas telegrafías, sea más útil y provechoso detallar.

LA ORACION ELEMENTO INDISPENSABLE EN LA VIDA DEL CRISTIANO.

Ante todo, amadísimos hijos, vamos a explicar por qué en la vida cristiana la oración es un elemento indispensable.

Hay en la técnica de nuestras relaciones con Dios un principio y fundamento, que San Ignacio señala magníficamente en sus ejercicios espirituales, sobre el cual, — precisamente por ser fundamento, — asienta todo el edificio de la vida cristiana; y en el cual, — precisamente porque es principio — esta vida inicia su desarrollo.

Este principio y fundamento consiste en la dependencia que toda criatura tiene de Dios, su Creador.

Crear, en el sentido más puro y elevado de la palabra, es hacer algo de la nada. Este acto exclusivamente pertenece a Dios nuestro Señor; hay entre la nada y el ser una distancia infinita que sólo una potencia infinita puede salvar. En ese acto creativo de Dios está la razón última y definitiva del ser de todas las cosas; y porque estas — aun después de creadas — no tienen en sí la razón de su existencia, necesitan, para seguir siendo, que Dios continúe en ellos su acto creativo; sólo por Él las cosas perduran en la existencia con todas sus potencias y con todos sus actos.

DIOS DA A CADA CRIATURA LO QUE NECESITA CONFORME A SU NATURALEZA.

Esta verdad funda, en todas las criaturas, una real, esencial y total dependencia de Dios, su Creador.

Pero observemos como Dios preside el desarrollo del ser, y vemos su admirable providencia en el gobierno de las cosas.

Si se trata del mundo puramente físico, Dios lo gobierna por medio de leyes inexorables. En virtud de estas leyes, nacen las gigantescas masas de los mundos por los espacios incommensurables, y se asienta en la quietud placida del humilde grano de trigo, en la quietud placida del humilde día y de la noche y el encrespamiento de las olas movidas por el viento.

Para los seres vivos — plantas y bestias — el Creador aplica un código nuevo; lo constituyen las leyes biológicas, desde la más rudimental del reino vegetal, a las más perfectas del instinto, en el animal.

Todo esto se desarrolla fatal y ciegamente. Dios le da a la criatura lo que cada una necesita, y se lo da conforme a su naturaleza.

Mas ese fatalismo esa ciega fatalidad que trata del gobierno del hombre, en virtud de la espiritualidad de su alma.

Entonces a las leyes físicas y biológicas se agregan las morales, que no se imponen ciega ni fatalmente. El desarrollo de la vida del espíritu libre supone eso: cada hombre ha de entrar en el ejercicio de esta vida con su inteligencia y su voluntad, es decir, con su conocer y con su querer.

Derivando esta consideración hacia la vida del alma en el orden sobrenatural, nos damos cuenta, que toda ella supone estos elementos en su pleno desarrollo: sólo así existe el concepto de acto humano, de responsabilidad y de mérito.

LA ORACION ES NECESARIA.

El hombre debe querer su bien, y los medios para conseguirlo, y como todo viene de Dios, a Él ha de expresar su voluntad; y eso en definitiva es la oración.

Pero fijémosnos bien en el valor de esta doctrina. Afirmamos que todo viene de Dios, como Creador en el orden natural y como Salvador y Santificador en el orden sobrenatural. Cristo nos manifiesta esta verdad cuando categóricamente nos dice: "Sin mí nada podéis hacer" (2). Pero si somos criaturas conscientes y libres en virtud de nuestra espiritualidad, y todo debemos quererle, se sigue que la oración, — expresión de nuestro querer, — es de absoluta necesidad; el mismo Cristo ha puntualizado esta necesidad cuando en palabras no menos categóricas que las arriba citadas afirma que es necesario rezar siempre sin desfallecer nunca (3).

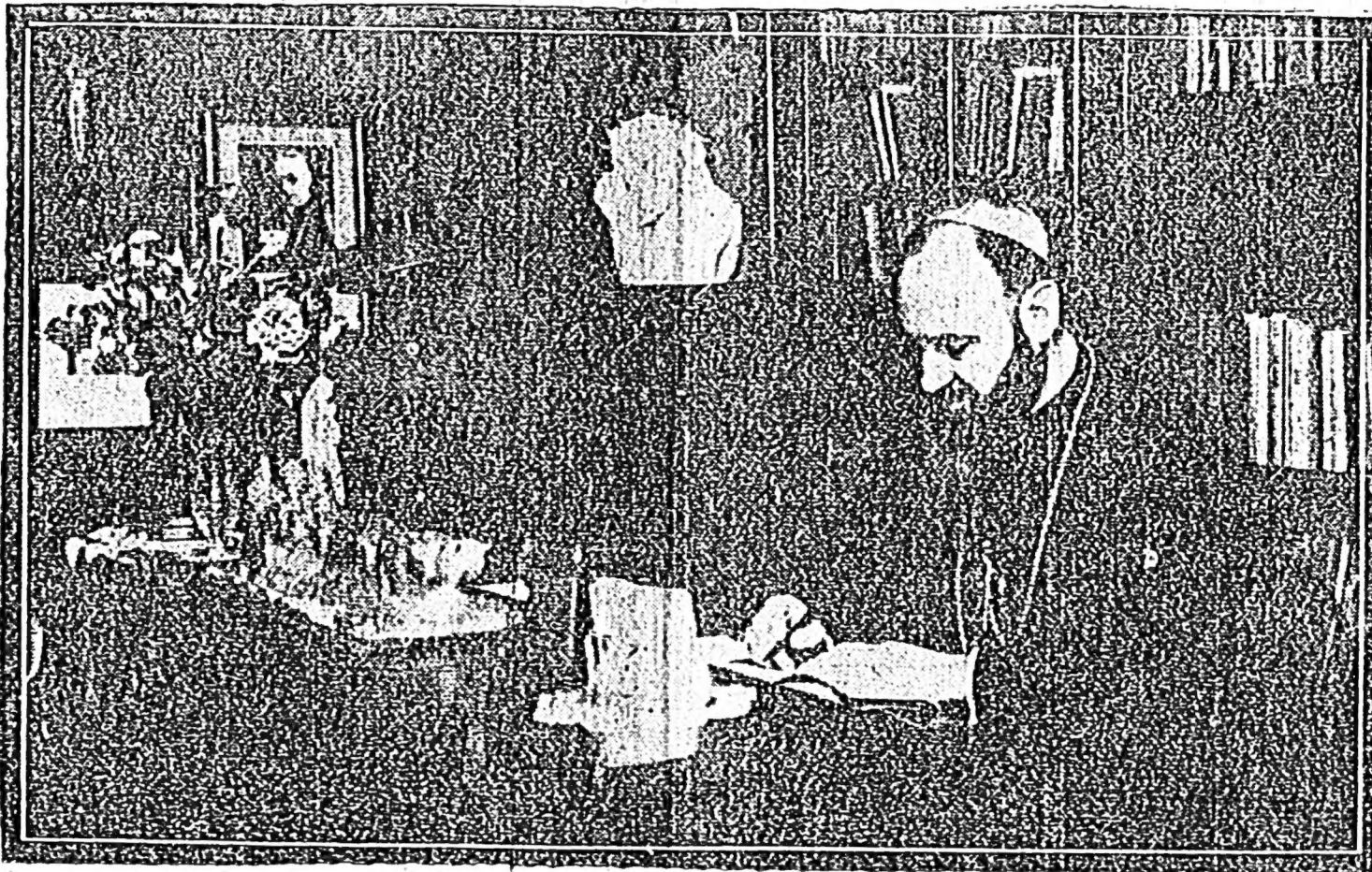
Los dos textos que acabamos de citar se relacionan y se completan; y nos muestran claramente la absoluta necesidad de la oración.

Esto no quiere decir que la libertad de Dios quede coartada. El puede, en sus inscrutables designios, obrar, prescindiendo de la criatura; la creación del hombre es un acto libérrimo de Dios; pero dentro del orden establecido, Dios — de vía ordinaria — se mueve por la oración; y aun cuando parezca que en ciertos casos no interviene la oración, sin embargo es dable pensar que en realidad no se excluye; porque es la verdad que Cristo rescató al joven de Nain y a la hija de Jairo y a Lázaro, sin que estos le pidieran la vida, es verdad también que estos milagros fueron precedidos por las ardientes lágrimas de una madre viuda, por los ruegos de confiados familiares, y por la oración angustiosa, de María y de María.

EL CRISTIANISMO RELIGION DE LA PLEGARIA.

Aparece así la precisión del que definió el Cristianismo como la religión de la plegaria, y aparece también, en toda su honda significación, la sentencia de San Alfonso María de Liguori: quien reza se salva y quien no reza no se salva.

EL CENTENARIO DEL APOSTOLADO DE LA ORACION EN EL URUGUAY



De las consideraciones que hemos hecho se desprende que la oración es el alma de la vida espiritual y sostén del orden sobrenatural; no es de extrañarse, pues, que Jesús nos haya dejado el ejemplo de una constante oración.

EL EJEMPLO DEL MAESTRO

La casita de Nazaret es testigo de treinta años de oración preparatoria de Jesús antes de lanzarse a la conquista del mundo (4); el primer acto de su vida pública es orar por cuarenta días en el desierto (5); fué durante la oración que tuvo lugar el primer testimonio solemne del Padre a las orillas del Jordán (6); también oró antes de elegir a sus discípulos (7); reza antes de hacer sus milagros (8); después de anunciar a las turbas su Evangelio se retira al monte solitario para abrir su alma a la oración (9); es en la oración que deja ver a sus discípulos un destello de su Divinidad (10); en fervorosa oración encomienda sus discípulos al Padre en la última cena (11); con la oración en el huerto se prepara para morir (12); en la cruz reza por sus enemigos (13); su última palabra es una oración por la que encomienda su espíritu al Padre (14).

EFICACIA DE LA ORACION.

La necesidad de la oración que hemos estudiado la hace un elemento imprescindible de la vida cristiana; y hemos visto como Jesús, Maestro y ejemplo de esa vida, nos insta a la oración.

Pero hay otro aspecto que queremos proponer a vuestra consideración, amadísimos hijos; es el que se refiere a su eficacia, que ya se vislumbra, por poco que se ahonden los conceptos que es hemos propuesto.

Porque si la técnica de Dios en el gobierno de las almas se integra por la oración del hombre, necesariamente la oración ha de tener una eficacia capaz de cooperar directa y positivamente a la obra de Dios.

Mirad como Cristo se refiere a esta eficacia anunciándola con frases plenas de luz y de consuelo.

LO QUE CRISTO NOS MANDO HACER.

Pedid y recibiréis (15), llamad y se os abrirá (16); buscad y encontrareis (17); todo el que pide recibirá, el que busca encuentra, al que llama se le abre (18); nos dice en su Evangelio, y como para animarnos a la oración, nos asegura que todo lo que pidamos en su nombre, nos será concedido (19); y añade: "si permaneciereis en mí y mis palabras permanecieren en vosotros pediréis lo que quisiéreis y se os otorgará. Aun cuando digáis a ese monte arráncate y arrojale al mar así lo hará" (20).

Y acéntuase esta enseñanza en la parábola del juez que accede a la petición de la viuda porque ésta lo importuna con sus ruegos (21); y en la del dueño de casa que, solicitado a destiempo por un visitante importuno, acaba por darle albergue accediendo a sus ruegos (22). Y con un tono de estremecida ternura nos asegura que ningún padre, y mucho menos el Padre que está en los cielos, dará un escorpión al hijo que le pide alimento (23).

UNA CONSOLADORA REFLEXION.

En estos y otros muchos pasajes evangélicos Cristo nos muestra con insistencia la eficacia de la oración.

Y notad, amadísimos hijos, cómo en esa eficacia consiste nuestra fuerza. Quisiéramos tener aquí la palabra encendida de un Crisóstomo para incitarlos a esta verdad que llena el alma de inmenso consuelo y de inefable alegría porque la oración obra en el hombre el milagro de una estupenda superación espiritual.

Para comprenderlo bien hagamos una simple aplicación a las cosas humanas.

La sociedad está compuesta de ricos y pobres, de débiles y fuertes, de sabios y de ignorantes; hay entre los hombres un real desnivel que en vano se pretende evitar.

Pero lo que es imposible a cualquier otro expediente, lo realiza con sencillez y asombrosa facilidad la oración. El pobre pide al rico, y éste por la petición de aquél le hace participar de sus riquezas. El débil pide al fuerte, y éste pone su fuerza a servicio de aquél. El ignorante pide al sabio, y éste suplente con su ciencia la ignorancia de su semejante. De ahí hace toda esa actividad de intercambio humano por el cual se va hacia el equilibrio entre todas las condiciones sociales.

Pero aplicando esto a nuestras relaciones con Dios, el milagro llega a lo insospechado; y la criatura débil, caediza y deleznable, por medio de la oración se reviste de la omnipotencia misma de Dios.

LA ORACION OBTIENE VICTORIAS ANTE DIOS.

No os parezcan, hijos amadísimos, exageradas estas palabras. Los Sagrados Letrados nos refieren más de una victoria de la oración frente al paternal corazón de Dios. Cuando Dios quiere castigar a su pueblo, dice a Moisés que no le ruegue para que lo salve; pero Moisés insistió en su humilde oración (24); y lo hizo con tanto ardor, que al fin Dios fué vencido (25). Es magnífico el diálogo sostenido entre el Señor y Abraham cuando la justicia de Dios iba a volcarse sobre Sodoma; él nos muestra también el poder inmenso que ejerce la oración ante el trono de Dios (26); y es Jesús que hace que Dios, obediendo a la voz de la oración, detenga el sol en su carrera (27); es Aarón que detiene la mano airada de Dios (28); es Eliseo que por la oración domina la muerte y se hace dueño de la vida (29).

Pero no hay por que abundar en los ejemplos. Las palabras de Cristo son claras: Todo lo que pidieris, (30) nos dice; nada queda excluido, los suyos podrán obrar maravillas aun mayores que las que Él ha obrado con su omnipotencia (31); y hasta las montañas se moverán sumisas al conjuro de la oración (32).

Pero vamos a añadir otra consideración que aumentará aun más nuestro consuelo.

Estudiando la eficacia de la oración se podrá pensar que es un privilegio de las almas santas, cuyas grandes virtudes ejercen una amorosa presión sobre el corazón de Dios.

LA ORACION SIEMPRE TIENE EFICACIA.

También para los débiles y para los pequeños la oración tiene toda su eficacia; y si las almas grandes tienen motivo para mover el corazón de Dios, también la tienen las pequeñas.

Una sencilla consideración nos lo hará comprender.

Es fácil que nos neguemos a hacer un favor a quien nos lo pide, máxima si éste no está vinculado a nosotros por motivos de amistad o de mutuo compromiso; pero si ese desconocido que nos tiende la mano es un niño, y ese niño es enfermo; y ese niño pobre y enfermo no tiene un pecho materno donde recostar su cabeza, ya no podemos negarnos; esa extrema debilidad vence al corazón más duro; la eficacia de su oración ha cedido en proporción directa de la pequeñez y alandono del que pide; y la voluntad más fuerte cae vencida por una de sus lágrimas.

Nuestra alma es tan pequeña que puede asemejarse al niño pobre, enfermo, y abandonado; no tenemos; Dios, cuya ternura, sobrepasa infinitamente la compasión del corazón humano, escuchará nuestra oración; es el Dios que mira con predilección a los pobres, a los huérfanos, a los abandonados; tendamos hacia Él nuestras manos, y las lágrimas de nuestra indignidad triunfarán en su Corazón.

CONDICIONES QUE DEBE TENER TODA ORACION.

A cuanto dijimos de la oración puede oponerse una duda, que suele llenarnos de tristeza; porque tenemos quizá la experiencia de que nuestras oraciones no siempre han sido eficaces; hemos rogado, y nuestra oración cayó en el vacío; nuestra voz resonó en el desierto; y el cielo se mostró como de plomo, invencible e impermeable al grito de nuestra plegaria.

Quizá esa misma duda angustió a los primeros cristianos, pues el Apóstol Santiago, en su Epístola da la respuesta que la disipa: "Si hasta ahora nada habéis obtenido, es porque habéis pedido mal" (33).

Esto nos indica que la oración ha de ir revestida de ciertas condiciones.

Nos narra el Santo Evangelio que un día Jesús caminaba asediado por las turbas.

Una pobre mujer, enferma desde hacía doce años, que en vano había gastado en médicos cuanto tenía, se acercó a Él y tocó furtivamente la orla de sus vestidos; y al instante quedó sana de su mal.

—¿Quién me ha tocado? — preguntó Jesús.

—¿Cómo le contesta Pedro? — ¿quién te ha tocado? ¿Y lo preguntas? ¿No ves cómo te apretujan y te comprimen? ¿quién te ha tocado? Todos, Señor te están tocando.

Y sin embargo el Maestro insistió en preguntar quién lo había tocado, pues había sentido que su virtud había obrado un milagro (34).

FORMAS DE ORAR.

Es que hay diferencia entre tocar y tocar: como la hay entre rezar y rezar; hay oraciones que tocan y conmueven al Corazón de Dios; y terminan por arrancarle — como la enferma del Evangelio — el esperado milagro; hay otras, en cambio, que no alcanzan a conmovirlo.

Es que la oración del cristiano es un acto exquisito del espíritu; en eso se diferencia de la del pagano, del santo y del fariseo.

La oración no es una fórmula burocrática y muchos menos un acto de superstición; es la expresión de una realidad viva del espíritu; si esa realidad falta, la oración es inconsistente como tejido de campana, e infecunda como las nubes sin agua.

Rogaron los Sacerdotes en la Antigua Ley; y Dios nuestro Señor rechazó las oraciones y el Sacrificio (35).

Rogó el fariseo en el Templo y salió de su oración reprobado (36).

Y el Maestro que tanto insistió en la eficacia de la oración nos advierte que si al acercarnos al Altar sentimos algún remordimiento — que ejemplifica en una penitencia en el prójimo — vayamos antes a purificar nuestra conciencia y luego volvamos a hacer nuestra ofrenda al Señor (37).

VOLVER A DICHO, POR MEDIO DE LA ORACION Y EL ARREPENTIMIENTO.

Conviene, pues, amadísimos hijos, que siquiere brevemente exponamos las condiciones que ha de tener la oración.

Pero digamos ante todo que la oración del pecador — y entendemos por pecador, no al arrepentido que busca volver a su Dios, sino el que permanece fáticamente en su rebeldía — no puede pretender eficacia.

Que si el pecador ruega como el buen ladrón (38) o como el publicano (39) no hay duda que será infaliblemente eficaz.

Hablamos del alma que ha renunciado al pecado y está revestida por la gracia de Dios; entonces, su oración, para ser eficaz, debe ante todo ser confiada.

Nuestro Señor insiste en esta condición cuando dice: Todo cuanto pidieris con fe lo recibirás (40). Todo cuanto pidieris en vuestras oraciones creed que lo habéis de recibir (41). Y el Apóstol Santiago interpreta estas palabras diciendo: "Si alguno de vosotros se siente falto de sabiduría, pídale a Dios que a todos conceda en abundancia... y le será otorgada. Pero pídale con fe sin desconfianza alguna porque el que desconfía es semejante a la ola del mar, movida y llevada por el viento a todas partes; ni puede tal hombre esperar recibir de Dios algo" (42).

LA FE, ELEMENTO PRINCIPAL.

Pero entendamos bien: esa fe, condición de la eficacia de nuestras oraciones, y poderoso medio de alcanzar bienes sobrenaturales, es también don sobrenatural, fruto por consiguiente, de la oración misma. En la cual, lejos de incurrir en un círculo vicioso, tenemos el más consolador de todos los recursos cuando nos sentimos aún en nuestro corazón esa confianza sin límites con que los Santos trasladaban los montes, mandaban a la naturaleza y tenían a su disposición al mismo Dios.

"Dejemos ya de maravillarnos de que esa fe divina no sea fruto propio de nuestro corazón de tierra; del cielo ha de venirnos, y en el seno de Dios hemos de ir a buscarla, o mejor, recibirla de sus manos. La luz de esa fe y el aire vivificante de esa confianza nos los concede Dios tan liberalmente como la luz del sol y el aire que respiramos. Recibámosla la gracia presente, que con ella conseguiremos otras mayores. Digámos al Señor con el ciego: "Cree, pero ayúdame mi desconfianza"; o con los Apóstoles: "Aumenta mi fe", y Él oír infaliblemente esta oración (43).

LA HUMILDAD, OTRO ELEMENTO FUNDAMENTAL.

La otra condición es la humildad. Las Sagradas Letras tienen afirmaciones categóricas a este respecto.

Dice el Sabio: "La oración del que se humilla penetra los cielos" (44).

San Pedro y Santiago reiteran el mismo concepto afirmando que no se dejará de oír Aquel que por su gracia a los humildes y resiste a los soberbios. (45)

Y en los salmos leemos: "Las oraciones de los humildes jamás dejan de atraer las miradas divinas, y sus ruegos nunca son despreciados. (46) Y por último recordemos la parábola ya citada (47) en la que se afirma que la humildad del publicano que rezaba en un rincón obscuro del Templo llegó a conmovier el Corazón de Dios.

ACATAMIENTO A LA VOLUNTAD DIVINA.

Además de humilde nuestra oración ha de ser condicionada a la Voluntad Santísima de Dios.

Pero entonces, podría objetarse, si es así, equivocadamente se habla de la eficacia de oración; porque lo que es Voluntad de Dios se hará, aun prescindiendo de la oración.

Fácil es responder a esta objeción si sabemos distinguir entre lo que Dios quiere absolutamente y lo que ha condicionado a ciertas circunstancias.

Escuchad cómo Mr. Bougaud aclara esta duda haciendo referencia a las leyes naturales.

Dice así: "El mundo tal como Dios lo concibió es flexible y armónico. Es un conjunto, de fuerzas que actúan u obran las unas sobre las otras; tan pronto sosteniéndose y fortaleciéndose mutuamente, como combatiéndose y equilibrándose, formando una red flexible en la cual campea el genio del hombre y más aún el espíritu de Dios". "Dios no quiso que el hombre fuese esclavo de la fatidalia de las leyes naturales. Puso en sus manos fuerza con la cual puede luchar, y apagar, como dominador... Una de esas fuerzas es la oración. Es un poder como el de la atracción y el de la electricidad. No se trata más que de saber combinarlas con las demás y servirse de ellas para modificarlas o suspenderlas". "Si, pues — prosigue citando a M. de Maitre — un filósofo a la moda se asombra de verme emplear la oración para librarme del rayo, le diré: Y tú, señor mío, ¿por qué empleas el pararrayos?". Y así como un enfermo morirá si no toma remedios y no morirá si hace uso de ellos, porque la fuerza del remedio ha triunfado sobre la de la enfermedad, del mismo modo puede triunfar sobre el enfermo la fuerza de las oraciones que se han hecho por él".

Pero todo esto está ordenado a un fin superior e inmutable que es la gloria de Dios y el bien eterno de la criatura; y es a esa Voluntad suprema que supeditamos la eficacia de la oración; y así como en determinadas circunstancias el enfermo ha de someterse a dolorosas curaciones y a amargas medicinas para salvarse, del mismo modo ha de aceptar lo que Dios disponga, aunque contradiga lo que a nuestras menguadas luces parece un bien, pero conspira, — aún sin sospecharlo nosotros — contra la gloria de Dios y contra los eternos intereses del alma.

De ahí que N. Señor Jesucristo al enseñarnos la fórmula de la oración supedita las demás peticiones a esta que expresa — al fin — toda la técnica de Dios en el gobierno del mundo y de las almas: "Hágase tu Voluntad así en la tierra como en el cielo".

CARACTERES ESENCIALES DE LA ORACION.

Exponemos así en forma sumaria, la necesidad, la eficacia y las condiciones de la oración, vamos a detenernos sobre dos caracteres esenciales de la oración cristiana. El primero es su apostolicidad; el segundo es su unión con Cristo Jesús. Formamos — amadísimos hijos — todos los que pertenecemos a la Santa Iglesia, un cuerpo místico; (48) hay entre todos los miembros de este cuerpo una reciprocidad admirable, una comunión de valores que nos fructo obligado de la caridad.

La Comunión de los Santos es una verdad de grandes consuelos y de amplias esperanzas.

San Pablo nos la describe con su palabra sencilla pero incluyente y ardiente cuando dice: ¿quién se enferma sin que yo no me enferme con él, ¿quién coge sin que yo no participe del mismo gozo? (49)

Esta reciprocidad de las almas, en el orden sobrenatural tiene su paralelo en la que, en el orden natural, existe entre todos los seres de la naturaleza.

En la admirable arquitectura de los espíritus siderales, la armonía y equilibrio se mantienen por el juego de las reciprocas atracciones; en la economía de nuestro planeta el Sol evapora el agua; pero el agua evaporada se convierte en lluvia que riega la tierra; y la tierra se humedece para que en ella la semilla elabore la vida; y la semilla se desarrolla, para convertirse en fruto; y el fruto se brinda al hombre para mantener su vida.

Admirable comunidad de los seres que presta a la unidad del único principio, por la que el bien de cada uno, es en beneficio de los demás. Y así en la Iglesia.

Lo que cada uno recibe en el orden sobrenatural no es para sí solo; es también para los otros; todo va al acervo común para provecho de todos sin que perezca por eso el derecho individual.

EFICACIA DEL APOSTOLADO DE LA ORACION.

Pero además de esta comunicación que se obra entre las almas, la oración tiene otra destinación voluntariamente a alguna peculiar intención, es la aplicación de la fuerza de la oración a propósitos determinados. Entonces la oración adquiere un carácter apostólico; y ese apostolado es de extraordinaria eficacia, porque tiene a su servicio la divina eficacia de la oración.

Hablando de este apostolado S. S. Pio XII afirma que grande es el incremento que la oración da a la obra de la Acción Católica y a las otras Asociaciones que se dedican al Apostolado, pues es sabido que nada pueden ellas hacer sin el auxilio divino que se obtiene por la oración fervorosa y asida. (50)

De ahí que para todas las necesidades de las almas la Iglesia ha reclamado la oración; para la extensión del reino de Cristo en las misiones, para obtener la paz del mundo convulsionado; a cada actividad la Iglesia hace preceder la oración.

CRISTO NOS HA DADO LOS TESOROS DE SU REDENCION.

Hemos de hacer una hermosa realidad, aquellos a que se echorea el Paraíso en su Enciclica "Corporis Mystici" cuando dice: "Ofreceremos cada día al Eterno Padre nuestras oraciones, nuestros trabajos, nuestras congojas por la incolmidad de la Iglesia y por su más próspero y vasto desarrollo, si en realidad deseamos ardentemente la salvación de todo el género humano redimido con la sangre divina. Y mientras al cielo se enlenguere con centelleantes nubarrones y grandes pelirrojos, se ciernen sobre toda la humanidad y sobre la misma Iglesia, confiamos nuestras personas y todas nuestras cosas al Padre de las misericordias, suplicándole con la oración litúrgica: "Vuelve tu mirada, Señor, te lo rogamus, sobre esta tu familia, por la cual nuestro Señor Jesucristo no dudó en entregarse en manos de los malhechores y padecer el tormento de la Cruz".